



**Directores:** Luis Vega y Hubert Marraud **Secretaria:** Paula Olmos  
ISSN 2172-8801 / doi 10.15366/ria / <https://revistas.uam.es/ria>

Reseña de:  
Timothy Williamson, *Yo tengo razón y tú te equivocas.*  
*Filosofía en el tren.*

Williamson, Tymothy, *Yo tengo razón y tú te equivocas. Filosofía en el tren.* Madrid: Tecnos, 2017. 219 pp. ISBN 978-84-309—7078-0

Por: GLORIA ANDRADA DE GREGORIO

*Investigadora en formación (FPI-MINECO)*

*Departamento de Lingüística, Lenguas modernas, Lógica y filosofía de la ciencia, Teoría de la literatura y literatura comparada.*

*Facultad de Filosofía y Letras*

*Universidad Autónoma de Madrid*

*gloria.andrada@uam.es*

## 1. INTRODUCCIÓN

Hoy en día es inusual acercarse a la filosofía con un texto en forma de diálogo. Los sobrios artículos y libros científicos parecen agotar sus medios de expresión, dejando de lado una creciente tendencia por diversos canales digitales. Sin embargo, no cabe duda de que la filosofía es aliada de la plática: allí se encuentra su origen como nos recuerda Platón. Y es que una conversación bien conducida permite llegar de forma dinámica a la raíz de los problemas y debates genuinamente filosóficos. El diálogo es un método efectivo, respaldado por una amplia tradición.

En *Yo tengo razón y tú te equivocas. Filosofía en el tren*, Timothy Williamson nos presenta un tetrálogo en el que cuatro personajes discuten en torno a la naturaleza de la verdad, el conocimiento y la moral. No sorprende que sea un filósofo de la talla de Timothy Williamson, Wykeham *professor* de lógica de la Universidad de Oxford, quien recuerde este formato. Con ello, Williamson, cuya fama por su trabajo en lógica, metafísica y epistemología hacen innecesarias más introducciones, trata de acercar la filosofía a un público más amplio así como reivindicar su legitimidad y vigencia en discusiones cotidianas, como aquellas que pueden surgir de manera fortuita en un viaje en tren. La idea es prometedora y atractiva.

Antes de llevar a cabo una breve evaluación del libro, presentaré su estructura y temas principales. La edición reseñada es la versión en castellano traducida por Javier Suárez e incluye una presentación crítica de Luis M. Valdés.

## 2. SINOPSIS

El diálogo tiene lugar en un viaje en tren hacia un lugar no especificado. Cuatro personas se ven envueltas en una acalorada discusión filosófica. Son Sarah, Bob, Zac y Roxana. Sarah es una entusiasta del método científico y fiel defensora de su superioridad epistémica. Bob es un personaje amable y supersticioso que defiende con convicción la brujería y sus peligrosos poderes causales. Zac representa una posición relativista un tanto ecléctica. Su objetivo es defender que la verdad es siempre relativa a un punto de vista y que el concepto de verdad absoluta entraña en sí mismo una temible violencia. Roxana es la última participante en unirse a esta inusual conversación en un tren. Es un personaje arrogante cuya prioridad reside en defender la lógica elemental, alejándose de debilidades sentimentales. Sus intervenciones parecen lanzas afiladas contra cualquier falta de rigor cometida por los otros participantes.

La conversación se organiza en torno a cuatro partes: *Los riesgos de hacer las paces*, *Los terrores de la verdad*, *Las ventajas de la arrogancia* y *Los vicios del valor*.

En *Los riesgos de hacer las paces*, los temas principales son la superioridad del conocimiento científico y el relativismo sobre la verdad. El diálogo comienza con la conversación entre Sarah y Bob, dos conocidos que se encuentran por casualidad. Bob tiene una pierna escayolada tras haber sido herido por el derrumbamiento de una pared en su jardín. La causa de ese hecho también la tiene clara: ha sido la consecuencia de un conjuro proferido por su vecina. Esta información es la chispa que enciende la conversación y aparecerá a lo largo de toda la obra como uno de sus principales hilos conductores. En esta parte, nos encontramos con un debate clásico de la filosofía de la ciencia: la demarcación científica. Sarah introduce criterios de demarcación clásicos como el poder predictivo de las teorías científicas y apela a virtudes epistémicas que ejemplifican la superioridad del carácter científico, como por ejemplo la apertura de mente, la honestidad intelectual y el respeto por la evidencia. Cuando la conversación llega a un punto muerto aparece Zac, otro pasajero del tren.

Zac es un personaje amable y dicharachero que a lo largo de todo el trayecto va a tratar, sin éxito, de convencerles de que ambos tienen razón, eso sí, cada uno desde su punto de vista. Bob representa el punto de vista de la brujería tradicional, mientras que Sarah encarna el punto de vista de la ciencia moderna. Zac sostiene que afirmar que solo uno de los dos tiene razón y, por lo tanto, que el otro se equivoca es una peligrosa postura absolutista. Comienza entonces un debate en torno al relativismo que será el eje principal del texto. En esta primera parte destacan dos argumentos en su contra: la tensión entre la postura teórica y el comportamiento de Zac y la trivialidad de una interpretación de su propuesta. La primera es fruto de la diferencia entre sus compromisos teóricos y prácticos. Por un lado, Zac sostiene que él no recurriría a una bruja para curarse ante un accidente semejante al de Bob. Por el otro, afirma que la brujería es verdadera. El segundo argumento surge tras el esfuerzo de Sarah de tratar de matizar la postura que defiende Zac. Ante las presiones a que le someten los otros interlocutores, él concede que su enfoque se puede resumir con la máxima de que «todo punto de vista es *solo* un punto de vista» (p. 78). Al mismo tiempo, él niega que el «solo» exprese el rechazo de un punto de vista, llegando a aceptar que sea algo redundante. Una vez aceptado eso, sin embargo, su posición se vuelve trivial, dada la obviedad de afirmar que cada punto de vista es un punto de vista.

En *Los terrores de la verdad*, el debate gira en torno a la definición de la verdad y conecta con el falibilismo y el conocimiento. Roxana se une por un mero azar: Zac

está sentado en el sitio que le corresponde. Esta es una de las sobrias pinceladas literarias que ofrece Williamson, recordando a los lectores que, al fin y al cabo, son tan solo viajeros de tren. Sin embargo todo está pensado y este matiz cobra una importancia simbólica a lo largo del texto. Roxana representa el absolutismo, es decir, la postura opuesta al relativismo. Por ello, este movimiento es digno de una partida de ajedrez. El absolutismo ocupa el sitio que le corresponde y que estaba siendo ocupado erróneamente por su contrincante.

Continuando con la conversación previa, Sarah indica a Zac que la postura absolutista es compatible con y, de hecho, da cuenta de la naturaleza falible del conocimiento humano. El falibilismo es heredado de la práctica científica, cuya historia pone de manifiesto la naturaleza falible de sus teorías. Por ello, en principio cualquier creencia puede ser falsa. Es, por lo tanto, el *ethos* adecuado. Aceptar que nuestras creencias podrían ser falsas conlleva un respeto por la evidencia y fomenta la búsqueda de teorías cada vez más compatibles con la evidencia disponible.

Interviene Roxana, que hasta ese momento permanecía en silencio. Su misión será la de introducir los principios elementales de lógica. Roxana tiene lecciones básicas para todos. Comienza señalando a Sarah que no debe exagerar la posibilidad de error. Por ejemplo, es imposible pensar que podría estar equivocada acerca de «5 + 7 es 12» (p. 135). Sarah está confundiendo verdad por certeza. El siguiente paso es recordar que preferir la verdad sobre la falsedad es simplemente la preferencia obvia por decir las cosas tal como son, frente a decir las cosas como lo que no son. Por ello, hay que distinguir entre la utilidad de la verdad y los juicios valorativos que puedan hacerse en su nombre. Toca el turno de una lección en epistemología: Roxana introduce la relación fáctica entre conocimiento y verdad: «solo se sabe la verdad, se *creen* tanto verdades como falsedades» (p. 123, mi énfasis).

Comienza *Las ventajas de la arrogancia*, donde la postura de Williamson se asoma con más fuerza y es que Roxana entrafña algo de su autor. Esta parte puede dividirse en dos bloques temáticos: el primero incluye la relación entre el conocimiento, ciencia y poder y el segundo versa sobre el desacuerdo, un tema en boga dentro de la epistemología social y política.

En el primer bloque se inicia un debate en torno a la evidencia y la verificación de hipótesis. Sarah vuelve a mencionar criterios de demarcación científica, que recogen aquellos propuestos por gran parte de la filosofía de la ciencia contemporánea: la verificación, la revisión por pares y la aceptación de la evidencia por «la propia

comunidad científica» (p. 143). Este último dato aumenta la sospecha de Zac que ve en estos criterios la semilla misma de aquello que le aterra: la peligrosa alianza entre la ciencia y el poder.

En el segundo bloque de esta parte se descubre el porqué del título y las aparentes ventajas de la arrogancia para resolver un desacuerdo. Sarah defiende «un modelo racional para alcanzar acuerdos» (p. 164) que consiste en identificar las divergencias y separar los elementos comunes. Sobre ellos se puede llegar de manera consensuada a un acuerdo. Interviene Roxana de manera taxativa: la argumentación racional no es la panacea. Sarah y Bob tienen creencias incompatibles, así que si ninguno de los dos modifica sus creencias o abandona alguna de ellas seguirán en perpetuo desacuerdo. Y es que a veces, «*yo tengo razón y tú te equivocas*», eso si ambos respetamos como debemos la lógica elemental.

Finalmente, en *Los vicios del valor*, el debate gira en torno a la moral. Esta parte ofrece nuevos ejemplos que no destacan por su atractivo literario pero sí logran motivar de manera efectiva la discusión: la legitimidad de abofetear a un hijo y la corrección o incorrección del acto de eructar en público. El primero motiva una discusión en torno a la moral, el segundo en torno a las reglas de etiqueta, introduciendo de este modo debates candentes dentro de la filosofía contemporánea.

En el primer bloque, Sarah se descubre una relativista local: su relativismo afecta solo a los principios morales. Sarah adopta una postura moral utilitarista, para la cual los principios morales se dirigen a maximizar «la probabilidad de salud y la felicidad» (p. 179). Su relativismo local se basa en «la no mensurabilidad de las cualidades morales» (p. 183). Roxana responde que «toda la ciencia es así» (p. 183), las medidas son siempre relativas a una teoría previa y por lo tanto no es un buen argumento a favor del relativismo moral. Tras interesantes intercambios en torno a la plausibilidad de esta postura, la lección final es que la moralidad no está del todo alejada de la verdad.

Llega el turno a las reglas de etiqueta y con ello a los juicios valorativos en general. El tema en cuestión reside en la corrección o incorrección de eructar en público. A pesar de que parece un tema sencillo, la dificultad de dar cuenta del mismo se hace patente en el texto. Roxana niega la intuición de que en estos casos haya «discrepancias sin falta» (p. 194) (*faultless disagreements*). Finalmente, tras un interesante intercambio, la conversación deriva en la relación entre normas prácticas y éticas, donde queda señalado el papel que los principios morales desempeñan en la toma de decisiones. La conclusión a la que llegan es que «la moralidad es como los

frenos (...). Nos dice que no hagamos ciertas cosas como asesinar y no es un extra opcional» (p. 214). De este modo, el relativismo de Sarah queda mitigado. Los principios morales pueden justificarse de manera indirecta aunque sea apelando a razones instrumentales.

La plática termina con el final del viaje de tren que ha servido como metáfora de la misma. No se ha llegado a ningún acuerdo pero se ha hecho patente el desacuerdo mediante la discusión. Sarah afirma que «el relativista aún no ha llegado a ninguna parte» (p. 216) ante un Zac que insta a Roxana a liberarse de «las ataduras de la lógica» (p. 216). El tren va frenando y Zac se despide y conversa con la mujer de negro. Un último guiño al lector: todos observan cómo ella guarda unos cuantos cabellos, algo que previamente había sido señalado por Bob como un comportamiento típico de las brujas. Un mochuelo volando ofrece el broche final.

### 3. NOTAS CRÍTICAS

Tras esta sinopsis, voy a evaluar brevemente la obra. Como he indicado al inicio de esta reseña, *Yo tengo razón y tú te equivocas* pretende acercar la filosofía a un público más amplio, así como reivindicar su legitimidad y vigencia en discusiones cotidianas. Nos encontramos ante un texto que puede convertirse en un complemento ideal para cursos introductorios en filosofía, llegar a públicos diversos y entretener a expertos. Teniendo en cuenta estos aspectos realizaré dos comentarios.

El primero versa sobre cómo el relativismo es representado en el texto. De su lectura se desprende una clara moraleja: el absolutismo en torno a la verdad vence al relativismo. Esto puede evaluarse como una característica positiva o al menos ineludible a la escritura puesto que siempre refleja algo de su autor y éste no deja de ser un libro escrito por Timothy Williamson. El problema es que la postura relativista resulta un tanto forzada. Bajo la etiqueta «relativista» encontramos rasgos propios de un personaje postmoderno que cita tanto a Nietzsche (p. 109), como al «viejo Ludwig» (p. 116) y utiliza de manera cotidiana el verbo «deconstruir» (p. 216). Al mismo tiempo, el relativismo es vinculado con características propias de un pacifismo *New Age* que lo concibe como «una actitud ante la vida» (p. 79). Por otro lado, en diversas partes del texto, encontramos la asociación entre el relativismo y la postura preferida por «aquellos que tienen gusto por lo oscuro y complicado» (p. 199). Aunque este tipo de discurso puede estar implícito en lo que algunos asocian con el relativismo, no es precisamente la caracterización más caritativa, ni aquella que puede usarse para discutir y reflexionar

sobre lo que está en juego. Del mismo modo, la contraposición entre relativismo y lógica es discutible, dado que existen semánticas formales relativistas muy rigurosas (por ejemplo MacFarlane, 2014). Por todas estas razones, la representación del relativismo se acerca mucho a un “hombre de paja”. Esto puede debilitar la posibilidad de invitar al lector a un pensamiento crítico frente a diversas posturas filosóficas, algo especialmente interesante si el lector es alguien no formado en filosofía.

Tomemos por ejemplo el debate en torno a las reglas de etiqueta que tiene lugar en la última parte del texto. La discusión versa sobre el siguiente tema: «...en algunos países, es educado eructar después de una comida. Aquí es de mala educación» (p. 186). Ante esta propuesta, nos encontramos con un tajante: «...eso no es relativismo. Es solamente el fenómeno común según el cual lo que expresa una oración depende del contexto en que se emite» (p. 189). Es interesante señalar que la posición bajo la cual algunos enunciados valorativos adquieren su contenido en relación al contexto de uso es aceptada como una posición relativista moderada por algunos filósofos contemporáneos (ver la taxonomía de López de Sa, 2011). Sin embargo, en este fragmento esta postura es excluida de una manera abrupta. Esta rigidez choca con el eclecticismo que caracteriza a la postura relativista a lo largo del texto y que ha quedado señalada en el párrafo anterior. Por ello, resulta sorprendente que el «club de los relativistas» (p. 88) no acepte socios moderados e interesantes.

Finalmente, voy a referirme brevemente al estilo literario de la obra, puesto que no deja de ser, al fin y al cabo, una obra de ficción. Es admirable el esfuerzo del autor por simplificar el nivel de abstracción que caracteriza el resto de sus obras, así como su intento de acercar la filosofía a todo el público. Sin embargo, su lectura queda a veces oscurecida por una ficción un tanto áspera. Por ejemplo, la manera en la que la brujería es presentada, encarnada por una mujer vestida de negro, mantiene un tópico obsoleto. Por otro lado, Roxana persevera el estereotipo que aúna la lógica con atributos como la arrogancia y la pedantería, algo desafortunado. En conclusión, los personajes podrían haberse visto enriquecidos por un poco más de imaginación y colorido, algo que resultaría beneficioso para ganar adeptos al pensamiento filosófico así como para animar a los lectores.

Con estas matizaciones en absoluto quiero negar el interés de la propuesta de Timothy Williamson. Estamos ante un texto audaz que se enfrenta a la difícil tarea de presentar de un modo ameno y apto para todos los públicos temas complejos como son la naturaleza de la verdad, el conocimiento y la moral. Por ello, a pesar de la asimetría en el trato hacia el relativismo, el texto logra reivindicar el valor de la filosofía, así como



la importancia de la buena discusión y la utilidad de la claridad conceptual. En definitiva, *Yo tengo razón y tú te equivocas. Filosofía en el tren* destaca por su valor como ejercicio de pensamiento. Es por lo tanto una buena invitación al juego filosófico y una muestra que explicita cómo la filosofía impregna nuestro día a día. Las distinciones conceptuales que se introducen entre verdad y certeza, conocimiento y creencia, normas éticas y prácticas y muchas otras, enriquecerán las discusiones y pueden enriquecer también los viajes en tren.

### REFERENCIAS

- López de Sa, Dan (2011). "The Many Relativisms: Context, Index, and Beyond". En Hales (ed.), *A Companion to Relativism*, pp. 102-117. Blackwell.
- MacFarlane, John (2014). *Assessment Sensitivity: Relative Truth and its Applications*. Oxford University Press.

**AGRADECIMIENTOS:** Este texto se ha realizado gracias a un contrato predoctoral de formación del investigador en el marco del proyecto de investigación FFI2013-45659-R financiado desde la Subdirección General de Proyectos de Investigación del MINECO y el Fondo Social Europeo.